

LA ILUSTRACION CATOLICA



PRECIOS DE SUSCRICION

	Península.	Extranjero.
Tres meses.....	16 reales.	» »
Seis meses.....	30 »	11 francos.
Un año.....	60 »	21 »

Número suelto real y medio.

PROPIETARIOS

VIUDA É HIJOS

DE

JOSÉ AMALIO MUÑOZ

FUNDADOR

ADMINISTRACION: Jesus del Valle, 23 y 25, pral.

PRECIOS DE SUSCRICION

	Semestre.	Un año.
Cuba y Puerto-Rico.....	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Filipinas, Méjico y Rio de la Plata.....	3 1/2 »	6 »

En los demás estados de América fijan los precios los señores Agentes.

ÉPOCA 2.^a—AÑO III.

Madrid 21 de Mayo de 1879

NÚMERO 43

SUMARIO

TEXTO: *Revista*, por V. P. Nulema — *Crónica de París*, por D. Francisco M. Melgar. — *Los nuevos Cardenales*, por don Miguel Mir s. j. — *Federico Overbeck*, por D. M. Perez Villamil. — *Sor Maria Bernarda (Bernardita Souvirov)*, por Enrique Lasserre. — *Los grabados*, por V. — *Cristina*, narracion, por D. Ramon Segade. — *Jeroglífico*.

GRABADOS: *Retrato de Federico Overbeck*, restaurador de la pintura cristiana. — *Vista exterior de la catedral de Durham (Inglaterra)*. — *La fuente Castalia*.

REVISTA

El suceso de la última semana, ha sido la romería de San Isidro.

Si no con la profusion de otros años, Madrid se ha visto muy concurrido de forasteros, y las riberras del Manzanares han participado de la animacion de costumbre.

Aunque la fiesta de San Isidro ha perdido en estos tiempos el carácter religioso que debería tener y que tuvo en su origen, todavía consuela el ánimo la idea de que toda esta animacion y este concurso giran al rededor del sepulcro de un pobre labrador, de los más humildes y pobres que han pisado la tierra.

La generacion cristiana que erigió en patrono de una corte espléndida á un jornalero tan despreciable á los ojos del mundo, dió buena prueba de las ideas y sentimientos que la animaban, tan contrarios al espíritu de la civilizacion moderna.

En los siglos de fé y entusiasmo religioso, hemos dicho en otra ocasion, este procedimiento era general en Europa; casi todas las grandes ciudades tomaron por patrono á un Santo ó Santa de humilde condicion y pobre linaje, siguiendo el ejemplo de la capital del mundo, que cayó del dorado sölío de los Césares romanos en las pobres redes del pescador de Tiberiades.

París se puso bajo la proteccion de una pastorcilla; muchas ciudades italianas, emporio del saber y de la riqueza, tomaron por patrono á San Juan Bautista, el gran penitente, habitador del desierto; España, cuna de ilustres caballeros, escogió sus abogados entre los mártires que se dejaron matar por la fé de Cristo, y Alemania é Inglaterra, fuentes de la barbarie, corrieron á cobijarse en los hábitos de los Obispos y monjes, propagadores del Cristianismo.

La sociedad europea halló en el patronato de los Santos, no sólo ejemplos que imitar para enderezar su vida por el camino de las virtudes evangélicas, sino medio seguro de fundir en el sentimiento religioso todas las clases sociales, contrar-

restando las invasiones de los poderosos con la exaltacion de los humildes, y las impaciencias de los pobres con la caridad de los ricos en la tierra y con los triunfos y coronas del cielo.

La fiesta de San Isidro labrador es una prueba. Cuando se estableció, aún brillaba en su apogeo el sol de nuestra grandeza. Madrid, como capital de las Españas, era la ciudad más respetada de la tier-

ra, por la magnificencia de su trono, por el lujo de su corte, por la pléyada de sus grandes ingenios, y por los laureles de sus triunfos en Europa y América. Esta ciudad, así engrandecida, vino á postrarse á los piés de un pobre jornalero, que pasó por el mundo ignorado y aún despreciado, siendo humilde siervo de un labrador, y cariñoso amigo de los pajarillos del campo.



RETRATO DE FEDERICO OVERBECK, PINTOR CRISTIANO

Un rey, que llevaba engarzado el sol á su corona, arrojó su haz de cetros bajo la esteva del pobre labrador; una corte de príncipes, orgullosos de su nacimiento, de su poder, de su gloria y de sus riquezas, se disputaban la satisfacción y la honra de besar las albarcas del santo campesino; los ingenios más esclarecidos que ha tenido España y aún el mundo, los maestros de la buena literatura, los creadores del teatro moderno, los astros de primera magnitud en el cielo del arte, competían en públicos certámenes en cantar y celebrar los triunfos y coronas de un rústico criado de labranza, que no supo más ciencia que la de amar á Dios, ni otra literatura que la del Padre Nuestro; las damas de la corte, obsequiadas por reyes; los soldados, temidos por Europa; el pueblo, envanecido por su patria, todos juntos se arrojaban á los pies del sencillo labriego, del pacífico labrador, del humilde madrileño, ganosos de merecer su protección, más valiosa que todo el oro de las Indias, todas las ciudades de Flandes y todas las glorias de España.

El pobre jornalero que fatigado del trabajo acudía á la iglesia de San Isidro en el día de su fiesta, al ver al rey, y á los magnates, y los ricos postrados ante la imagen del Santo, vestida como él, con las preseas de la pobreza, debía sentirse fortalecido para seguir luchando con las penalidades de la vida, y gozoso y satisfecho de su profesión humilde y de su traje rústico y campestre. La Religión le había enseñado, que la paciencia y la humildad saben convertir la blusa de un obrero en manto real, y la esteva de un labrador en cetro que veneran los reyes.

La romería, según hemos dicho, ha perdido su carácter esencialmente religioso: y en efecto, ya las ciudades y las naciones no se acuerdan de sus antiguos patronos sino para profanar su memoria; ante sus imágenes no lucen lámparas de plata, ni se postran los poderosos; la pobreza y la humildad son objeto de mofa y escarnio, y la sociedad, huyendo del amor de los humildes, corre á entregarse al odio de los soberbios.

Los cuales, ciegos de ambición, é hidrópicos de sangre humana, aunque hablan de igualdad y de fraternidad, y prometen restituir al hombre los deleites que perdió por el pecado, jamás dan otros frutos que guerras y crímenes espantosos, en los que se disuelve la sociedad cristiana. Santificar la pobreza, subirla á los pedestales de la mayor gloria, erigirla en maestra, guía y protectora de los poderosos y reyes, es obra exclusiva del cristianismo, que tiene sus cimientos en un pesebre y en una cruz.

La romería de San Isidro no conserva hoy de romería más que la afluencia de gente, y de San Isidro el nombre que lleva. Los forasteros vienen á ver Madrid, y los madrileños van á la pradera del Santo á pasearse y á divertirse.

Nosotros fuimos, el día del Santo, á la capilla de San Andrés, donde se conservan tantos recuerdos de su vida y de su muerte, y apenas había en el templo una docena de personas: ante el rico altar, que erigió la piedad de nuestros reyes, lucían dos velas, otras dos en la primitiva sepultura, y sobre la bandeja petitoria, que custodiaba un sacerdote, vimos unas cuantas monedas de cobre.

En la Colegiata de San Isidro, donde estaban las Cuarenta Horas, había más gente; pero no tanto que dificultase el paso por todos los lugares del templo. En cambio los ómnibus y coches pasaban por delante de la Iglesia haciendo estremecerse la calle con el estrépito de su carrera y el vocerío de sus gentes, y trasportaban á la pradera del Manzanares multitud de curiosos y de bullangueros, no á venerar la imagen del Santo, sino á participar de los placeres de una gira campestre.

No hay cosa más triste que un pueblo que no piensa más que en divertirse: los placeres son como las flores, alegran la verde pradera ó el altar de una Virgen; pero entristecen la losa de un sepulcro y la cabeza de una cortesana.

Dijimos al principio, que á pesar de haber perdido en gran parte su carácter religioso la romería de San Isidro, aún puede consolar el ánimo por la significación de su nombre.

Y en efecto, las costumbres cristianas estaban

tan arraigadas en nuestra sociedad, que la revolución se estrella bajo estos sólidos baluartes de la piedad española.

Aquí todo era ántes cristiano; el lenguaje, las fiestas, los mercados, las costumbres públicas y privadas, la ciencia y el arte; y de este maravilloso concierto de corazones y de entendimientos, resultaba la unidad de la patria; nota armónica de otra unidad superior que se llamaba *la cristiandad*.

La revolución ha procurado y procura sin descanso derribar este grandioso edificio de la civilización católica; pero los cimientos son tan hondos y firmes, los muros de tanta solidez y la traza del edificio tan bien concertada, que resiste todavía los asaltos de la impiedad y alza su cúpula altiva hasta tocar con ella las nubes.

Todavía el comerciante tiene que saber los días de los santos patronos de los pueblos para acudir á las ferias y mercados; aún necesita el estudioso acudir á los libros monacales para evacuar sus citas y resolver sus dudas: todavía el artista tiene que leer el Evangelio para entender las obras maestras del arte, inspiradas en Jesucristo; y hasta el impío más desalmado se ve obligado á pedir «por Dios» un favor, á encomendar á Dios el alma de los suyos, y á poner sus propias cenizas bajo el amparo de la cruz.

Por esto es todavía la fiesta de San Isidro tan popular; porque aunque degenerada por las costumbres nuevas, conserva el atractivo de la piedad antigua. Las gentes acuden á la pradera del Manzanares siguiendo el camino que abrió la devoción, y aún que lleven en su alma sentimientos muy diferentes de los que llevaron nuestros padres, obedecen al impulso de la costumbre y de la tradición.

Lo cual prueba la falsedad é impostura de la cultura moderna que, á imitación del grajo de la fábula, se viste con las plumas del pavo real para disfrazar con hermosas galas ajenas la fealdad de sus defectos propios.

Confiemos en que la fuerza de la verdad desvanecerá el absurdo, y volverán las costumbres antiguas á recobrar su espíritu cristiano.

V. P. NULEMA.

CRÓNICA DE PARÍS

Nada hay tan cómico como la sociedad de un loco. Y al mismo tiempo nada hay tan lúgubre.

Prueba de ello la exposición de los pintores independientes, que acaba de cerrar sus puertas, y que durante un mes largo ha estado siendo la befa de París.

¿Independientes de qué? preguntará el curioso lector. Y yo habré de responderle, que ni él ni yo ni los mismos pintores que han adoptado esa denominación, podremos, en la vida, satisfacer á semejante pregunta.

Llamábanse ántes impresionistas, y el buen humor francés se dió á aburrirlos con tales juegos de palabras, que los interesados convinieron este año, al abrir su habitual exposición, en la necesidad de cambiar el nombre de pila. Escogieron entonces el de independientes, acaso para denotar su absoluta independencia del jurado.

Pues es de advertir que esta milicia artística se compone, en su inmensa mayoría, de los pintores que ven constantemente rehusados sus lienzos en la exposición anual de los Campos Elíseos.

Nadie con más energía que ellos mismos protesta contra la palabra independencia, cuando declaran formar escuela, y pretenden tener un credo artístico propio.

Ese credo se reduce á reproducir la naturaleza con movimiento vital, dicen ellos, ó sea confusamente, sin líneas precisas, como una máquina fotográfica de poca potencia, reproduciría la calle de Alcalá en un día de toros. Es decir, sacando un borron informe, que nadie absolutamente sea capaz de descifrar, á no ser el fotógrafo que estuvo mirando por el objetivo. Y ese porque lo vió.

Tan al pie de la letra es esto exacto, que Manet, el maestro de los impresionistas ó independientes, tiene cuadros cuyo asunto sólo él conoce.

Ya ven mis lectores cuánto más adelantados estamos en España, donde ántes que los franceses

pensáran en inventar la escuela impresionista, la teníamos ya nosotros, personificada en el pintor Orbaneja.

El impresionista-independiente español no llegó, sin embargo, á la altura del impresionista francés; que ha pintado en un lienzo una gran franja azul y otra roja. Y nada más.

Cuelga el lienzo con lo azul hacia abajo, y titula el cuadro: *Puesta del sol en el mar*.

Cámbialo con el azul para arriba, y escribe al pie: *El desierto*.

Cuatro años hace que esos locos sueltos exponen en el centro de París sus locuras, y ciertamente, si algo hay en ellos de cuerdo, es el perseverar en tales exposiciones.

Un día con otro nunca bajan sus ingresos (pues sobre exponer sus cuadros, tienen el refinamiento de crueldad de hacer pagar la entrada) de setecientos francos diarios.

Como se vé, la materia se prestaría en los tiempos en que estaban de moda los apólogos y la literatura simbólica, para una fabuleja en que se presentase á la tontería cuidando de que no se apagara, por falta de aceite, la lámpara de la locura.

«No debe, sin embargo, atribuirse semejante fenómeno, ni á la tontería exclusivamente, ni al deseo de reírse ante las extravagancias de cuatro orates.

Hoy han degenerado en enfermedades dos pasiones, laudables en principio, pero que van demasiado lejos en sus resultados: la pasión de la pintura y la de la música. Ambas artes, admirables y elevadísimas, pero que se dirigen inicialmente á los sentidos, como provocan un goce ántes material que intelectual,—sobre todo la música,—absorben extraordinariamente la atención y el gusto públicos. El más insigne poeta de nuestros tiempos, no ha sido jamás objeto de adulaciones que se aproximen siquiera al fanatismo de que se ven rodeados hoy ciertos discípulos de Wagner, empujados tanto más de prisa hasta la cúspide de la gloria, cuanto que su repertorio artístico, de puro ligero, no podía estorbar la ascensión. Nuestro tiempo está devorado de frenesí de música, y de fiebre de pintura.»

Estas palabras de un crítico parisien muy mundano, manifiestan otra de las causas del fenómeno.

Pero todavía hay, en mi sentir, otra causa más honda que Veuillot explicaba magistralmente en sus *Odeurs de Paris*, y es la sed de ideal que consume las entrañas de una sociedad abrasada por el materialismo. Sed rabiosa como la del rico avariento, pero sed además semejante á la del beodo que no pasa por taberna sin visitarla, y que bebe fuego creyendo refrescar sus fauces con lo que las abrasa.

Empujado por esa sed innoble, el tendero de aceite y vinagre abandona por la noche el mostrador y acude al café-cantante á reconfortarse en el ideal.

El ideal, para él, es el albayalde y las formas postizas de las bailarinas, la garganta de la señorita Tres Estrellas, los árboles de cartón y los arroyos de hoja de lata.

Y se atraca de ideal á peseta la hora.

Por idéntico motivo invade la muchedumbre con avidez creciente las Exposiciones de pinturas en París.

Sobre todo, las Exposiciones oficiales donde el ideal se exhibe «con garantía del gobierno», y donde no se admite mercancía averiada.

Mercancía he dicho, y esto me recuerda que la casualidad, inimitable maestra en punto á sarcasmos, se ha permitido la siguiente ironía.

El local de los Campos Elíseos donde se celebran las Exposiciones oficiales de Bellas Artes, tiene por nombre, grabado en el frontón de piedra, Palacio de la Industria.

Destinaré mi próxima Revista, en su mayor parte, á un paseo por la Exposición de este año, que se abrió hace tres días, y que es inmensura-

ble, mucho más surtida que cualquiera de las celebradas en años anteriores.

En la rápida excursión que he hecho á través de las salas atestadas de lienzos, me ha parecido observar algunos cuadros religiosos estimables, ó por lo ménos no son desestimados como en años anteriores, y en cuanto al desnudo, aunque hojando el catálogo, observo que predomina según costumbre, realmente dentro de la Exposición no parece imponerse tanto como otras veces.

Esas son ya dos ventajas sobre las Exposiciones precedentes, pero en cambio el nivel artístico me ha parecido todavía más bajo.

Ningún desconocido se revela como una esperanza, y entre los ya célebres, algunos dan caídas espantosas, como Laurens, el laureado con el primer premio hace un año.

El autor de *la muerte de Marceau* y de *San Francisco de Borja*, expone este año un gran lienzo, *Los emparedados de Carcasona*, que poco más ó ménos viene en pintura á representar lo que en escultura representan las estatuas, si así pueden llamarse, de la plaza de Oriente y del Retiro, en Madrid.

Por vía de paréntesis advertiré que esos *emparedados* no son *sandwichs*, sino *emmurés*. El cuadro representa una escena de la guerra de los albigenses.

Pertenece, pues, por desgracia, á la historia, y no á la repostería.

En opinión del público los dos cuadros que se disputarán el primer premio son un tríptico de Duez,—los trípticos abundan en esta Exposición,—titulado *La leyenda de San Cuthberto*, y un paisaje de Bastien Lepage, que lleva por título *El mes de Octubre ó La saison d'Octobre*.

De uno y otro hablaré, Dios mediante, limitándome por hoy á decir que el segundo ha merecido del más acreditado crítico del arte que posee París el siguiente singularísimo elogio: «Está á la altura de los mejores paisajes del gran español Velázquez.»

Cito el precedente para que nadie pueda escandalizarse de verme metido á crítico de pintura.

La escultura, muy superior á la pintura en las Exposiciones precedentes, parece en la actual haber dado otro bajón por su parte.

Compañerismo artístico, sin duda. Los escultores han querido por lo visto ponerse al unísono con los pintores.

París 15 de Mayo de 1879.

F. M. MELGAR

LOS NUEVOS CARDENALES.

Hace algunos días que el telégrafo nos anunció el nombramiento de nuevos Cardenales, hecho por la Santidad del Soberano Pontífice Leon XIII. Este acontecimiento, que sería siempre de grande importancia por las consecuencias gravísimas que trae consigo la elección de las personas que han de ser los consejeros y asesores del Romano Pontífice en el gobierno de la Iglesia, encierra en las circunstancias actuales una gravedad é importancia extraordinaria, ya por ser el primero que hace Nuestro Santísimo Padre después de su elevación á la Silla Apostólica, ya por razón de las condiciones especiales de aquéllos á quienes se ha dignado promover á tan excelsa dignidad.

Colocado Leon XIII en la cumbre del Pontificado, y señoreando desde allí á todo el cuerpo de la Iglesia derramado por la redondez de la tierra, siente sus necesidades y aspiraciones, se identifica con sus pensamientos, y participa de sus glorias y alegrías como de sus tristezas y quebrantos. Nadie como él puede conocer los peligros que rodean á la cristiandad. Nadie puede alcanzar mejor la gravedad de los males que nos oprimen y la trascendencia de la lucha que sostiene la Iglesia con las potestades del mundo; nadie como él conoce la manera de sostener y llevar adelante esta lucha, las empresas que es necesario promover para extender el reino de Jesucristo, y los varones á quienes debe llamar cabe sí, como auxiliares de la obra que la Divina Providencia ha puesto en sus manos.

Advertido de la necesidad de llenar los vacíos que en el Sacro Colegio de Cardenales ha hecho recientemente la muerte, ha esparcido su vista para todo el ámbito del mundo católico, para elegir entre los millones de súbditos que obedecen lealmente sus órdenes, aquéllos á quienes debía, no solamente honrar con la dignidad más eminente de la Iglesia, sino también comunicar alguna parte del gobierno y administración de esta misma Iglesia; y entre estos millones de súbditos ha descubierto algunos varones ilustres por sus talentos, por las dotes de carácter y de corazón por los servicios prestados lealmente á la causa de Dios, y á estos ha elegido para levantarlos á la eminente dignidad cardenalicia. Esta elección, á lo que puede juzgar el buen discurso guiado por el instinto y sentimiento cristiano, ha sido, no solamente acertadísima, sino muy conforme con los deseos de todos los fieles, quienes deseaban hacer tiempo ver honrados con el esplendor de la más alta dignidad á aquellos de cuyos labios ha bebido la doctrina más pura, cuya dignidad y entereza de carácter ha sido su luz y su ejemplo en los ásperos combates librados recientemente por la causa de la Iglesia, y en cuyas personas al par de la luz, del saber y de la virtud, ha visto centellear vivísima la llama del genio, que como huella de su esencia soberana ha impreso el dedo de Dios en la frente de algunos de los nuevos Cardenales. De suerte que en su nombramiento y elección, la voz del Vicario de Jesucristo ha venido á confundirse con la voz y aclamación de toda la cristiandad.

En verdad, es tal la eminencia de los servicios prestados á la Iglesia por los varones á quienes honra hoy el Sumo Pontífice con la púrpura cardenalicia, tal la gloria que rodea sus nombres, tan viva y eficaz la luz del saber que se desprende de sus labios, ó se refleja en sus escritos, tal, en fin, la influencia de su palabra y ejemplo en toda la cristiandad, que con el honor y dignidad que les es conferida, no solamente son honradas sus personas, las diócesis ó naciones que se gozan en poseerlos, sino que cada uno de los fieles, por poco instruido que esté en la historia contemporánea, parece tomar parte en su gloria, y honrarse en sus honores y ensalzamiento. Porque, ¿quién no se alegra y da mil parabienes al ver elevado á la dignidad Cardenalicia, al digno sucesor de San Hilario, al sabio Obispo de Poitiers, al teólogo y escritor elocuentísimo, cuyas obras son gloria de la Teología y lustre de la lengua francesa? ¿Quién no se goza con el honor prestado á las virtudes, á la solidez de la doctrina y entereza sacerdotal del Arzobispo de Toulouse, de los prelados Santos Silva y Fustemberg? ¿Quién, finalmente, no se complace al ver honradas á las ciencias teológicas en los Cardenales Pecci y Zigliara, á las naturales en el Arzobispo de Colocza, Monseñor Maynald, y á la elocuencia y literatura en el Obispo de Aquila, Monseñor Alimonda?

Mas entre los nombres de los nuevos Cardenales, hay dos en los cuales se fija la atención de una manera especial. Estos son los nombres del Doctor Juan Enrique Newman y José Hergenroether, ambos simples presbíteros, aquél superior del oratorio de San Felipe Neri de la ciudad de Birmingham, en Inglaterra, y éste profesor en una de las universidades de Alemania.

De la persona del Dr. Newman, de su vida y merecimientos, habiendo hablado recientemente en unos artículos que salieron á luz en esta REVISTA, ántes de tenerse noticia de su próxima elevación al Cardenalato, no es necesario decir más para darlo á conocer á nuestros lectores. A lo que entonces dijimos, solamente añadiremos ahora, que si sus merecimientos y títulos para el Cardenalato eran incontestables, á nadie ha sorprendido más que á él la noticia del nombramiento de la dignidad con que el soberano Pontífice se ha servido honrarle; tal es la humildad y sencillez de este varón eminente.

Díjose al principio que había renunciado al honor que Su Santidad pensaba conferirle. Lo que parece sucedió, según vemos en una correspondencia de Roma, publicada en un periódico inglés, fué, que noticioso el Dr. Newman de la dignidad con que pensaba honrarle Leon XIII, le escribió, poco más ó ménos, en estas palabras: Santísimo

Padre: Tengo ya cerca de ochenta años, y me será muy difícil emprender el viaje á la santa ciudad y morar en ella, habituado como estoy al clima de Inglaterra. Por mi parte, ni deseo ni rehusó la dignidad con que Vuestra Beatitud ha pensado honrarme. Solamente quiero servir á la Silla Apostólica cumpliendo vuestras órdenes y acatando vuestra voluntad.

En cuanto al cardenal Hergenroether, hace años que su nombre suena como uno de los teólogos más profundos, más sólidos y de ciencia más universal que honran á Alemania: sus luchas con los *viejos católicos* le han dado celebridad europea. Su *Historia de Focio* permanecerá como uno de los monumentos científicos más maravillosos que ha visto levantarse nuestra edad. Recientemente ha publicado una *Historia universal de la Iglesia*, que en aquella nación, donde tanto bueno se publica en este ramo, ha llamado extraordinariamente la atención. Su ingenio brilla igualmente en la polémica, en la exposición de los dogmas, y en la facilidad con que sabe adaptarse á las inteligencias ménos cultivadas. En suma, sus títulos y merecimientos son tan universalmente reconocidos, que mucho ántes de que pensase Su Santidad honrarle con la púrpura cardenalicia al de emprenderse la segunda edición del gran Diccionario de teología de Wetzer y Welte, que más que segunda edición será una refundición ó obra completamente nueva, y en la cual toman parte más de trescientos escritores, lo más sabio y floreciente de Alemania, al frente de todos ellos fue colocado el Dr. Hergenroether para que dirigiese sus trabajos y diese unidad á la obra.

El nombramiento para la dignidad cardenalicia de este sabio esclarecido, así como el del Dr. Newman y el de los otros á quienes Su Santidad acaba de promover al puesto más eminente del gobierno eclesiástico, demuestra clarísimamente que nadie mejor que la Iglesia sabe apreciar, honrar y enaltecer el mérito verdadero, y que en esta sociedad admirable no hay más aristocracia que la aristocracia de Dios.

MIGUEL MÉR S. J.

FEDERICO OVERBECK

Estamos seguros de que los lectores de LA ILUSTRACION CATÓLICA se gozarán en poseer el retrato del gran pintor cristiano, que ha dejado en la historia del arte contemporáneo huella tan gloriosa como envidiable.

Federico Overbeck nació en Lubeck en 1789, y fué hijo de Cristino Adolfo (1755-1821), poeta lírico de gran reputación, cuyas canciones se han hecho populares en Alemania. Se educó en la religión protestante, á que pertenecía su familia, y mostró desde niño especial amor á la pintura, en cuyo arte comenzó á ejercitarse con figuritas que regalaba á sus amigos y compañeros de colegio. A los diez y seis años pasó á Viena y entró á estudiar la pintura en la Academia de Bellas Artes, bajo la dirección del profesor Füger, dándose muy pronto á conocer por sus brillantes ensayos, dignos del pincel de un maestro.

Sus ideas cristianas y nacionales chocaron muy pronto con la rutina académica, y se vió crudamente combatido por los partidarios de Mengs y David, cuyos sarcasmos llegaron á hacerse intolerables para el honrado pintor de Lubeck. Entónces fué cuando en busca de aire más libre, y de doctrinas más puras, se dirigió á Roma, donde se instaló en 1810.

Estudiando lo bello, dice un autor, encontró lo verdadero; reconoció la fé de sus mayores en las pinturas de las Catacumbas y en las Basílicas. Dotado de gran corazón y de profundo sentimiento artístico, se enamoró en los museos de Italia de los cuadros puros y candorosos de la llamada escuela *trecentista*, cuyo representante más glorioso es el Beato Angélico, y estudiando estas obras, penetrando con su mirada ardiente al través de las rígidas formas de sus imágenes, llegó á sorprender muy pronto el sentimiento artístico que las había inspirado, el sentimiento de la belleza cristiana en su expresión más dulce, plácida y candorosa. Esta

influencia de la pintura cristiana fué tan eficaz en el alma generosa de Overbeck, que al poco tiempo de su llegada á Roma abjuró solemnemente el protestantismo, abrazando con entusiasmo la religion católica, madre de todo lo grande, bello y verdaderamente artístico.

A la conversion del maestro [glorioso triunfo] sucedió la de sus principales discípulos: de Koch, Vogel, Juan y Felipe de Vert, Schadow, Eggers y Schnorr; y estos con otros pintores como el gran Cornelius, formaron con Overbeck, una especie

de comunidad religiosa y se fueron á habitar entre las ruinas del monasterio de San Isidoro. Allí trabajaban juntos y comenzaban sus cotidianas tareas invocando el auxilio del Espíritu-Santo, como pudieran hacerlo en un taller de cenobitas. Consagraban muchas horas á la oracion y meditacion, comían en refectorio y observaban una perfecta disciplina de que era jefe el gran Overbeck.

Tan singular comunidad artística llamó mucho la atencion en Roma, y comenzaron á ser buscadas con afan las obras que salian de sus talleres. Over-

beck se vió obligado á salir de su retiro y pintó dos grandes frescos para la villa Bartholdi: *José vendido por sus hermanos* y *Los siete años de escasez*.

Más tarde pintó para la villa Mossimi una serie de cuadros sobre la *Jerusalén libertada*, ayudándole en la tarea Cornelius y Schnorr, tan famosos luego en Alemania. Estas pinturas colmaron la reputacion del pintor cristiano, el cual consagró desde entonces su pincel á toda clase de asuntos religiosos, en los cuales procuró imprimir el sello místico y puro de fray Bartolomeo y fray Ángelico.



VISTA EXTERIOR DE LA CATEDRAL DE DURHAM (INGLATERRA).

Raczinski en su *Historia del arte alemán moderno*, ha dado un catálogo de las principales obras de Overbeck: en él leemos, entre otras, el *Milagro de las rosas de San Francisco*, fresco en la iglesia de Santa María de los Angeles en Asis, que nosotros hemos admirado; *Las bodas de la Virgen*, pintura al óleo; *Cristo en el jardín de los Olivos*, cuadro existente en el hospital de Hamburgo; *La Santa Familia*; *Elias subiendo al cielo* y la *Entrada de Cristo en Jerusalem*, que existen en la iglesia

de Santa María de Lubek; la *Influencia de la Religion sobre las artes*; galería Stadel en Francfort; *La muerte de San José* y el *Sepulcro de Cristo*, que existen en el museo de Lubek; la *Italia y la Germania*; cuadro brillantísimo existente en Schlouhecm; la *Conversion de Santo Tomás*; el *Sacramento del Orden*, que están en Viena; *Rutz y Booz*; la *Resurreccion de Lázaro*, que están en Berlin.

Overbeck fué grande amigo de Pio IX, y se recomendaba por sus nobles ideas, sus costumbres

puras, su trato cordial y su modestia encantadora. Pocos artistas habrán estado en la ciudad eterna antes de 1869, en que murió (12 de Noviembre), que no haya visitado á Overbeck en su Estudio, donde vestía el traje con que le reproduce nuestro grabado: blusa que le llegaba hasta la pierna, y un gorro negro que contrastaba con sus canas venerables. Nuestro retrato procede de Roma, y representa el gran pintor cristiano en los últimos años de su vida.

Aunque no ambicionaba la gloria humana, fué nombrado socio de muchas academias artísticas, y condecorado, á pesar suyo, con varias cruces extranjeras. Ha muerto pobre, como había vivido, porque el producto de sus obras era para el necesitado y el enfermo, dedicando no escasas cantidades al culto de Dios. En Roma gozaba reputación de santo, y el inolvidable Pio IX se complacía mucho en sus visitas y le quería con afecto entrañable.

«Durante nuestra permanencia en Roma, ha dicho Cartier, una de nuestras devociones de los domingos era ir á visitar el taller de Overbeck, abierto franca y cariñosamente para todo el mundo; y debemos confesar que ningún predicador nos ha hecho amar tanto la virtud como el piadoso pintor alemán. Sus palabras esparcían, como sus obras, una claridad celestial, ora explicase sus cuadros de Vírgenes con el amor de un ángel, ora hiciese admirables homilías sobre sus composiciones de los Sacramentos. Cuando le veíamos esquivar nuestros elogios, pedíamos á Dios que prolongase su vida y que le diese muchos imitadores (1).»

Se han publicado varios libros que tratan de su vida y obras, y citaremos entre otras la *Biografía de M. Batild Bouniol*, publicada en París en 1856.

En cuanto á la escuela de Overbeck, no es fácil decirlo todo en pocas palabras: bastará que digamos que el principio fundamental era este: «En tanto son grandes y gloriosas las bellas artes, en cuanto sirven á la religión del Crucificado, que es modelo de belleza y horizonte en que se esplaya el génio del hombre.»

Se necesitaba gran fuerza de voluntad para emprender, pobre y sin otros recursos que su génio, la difícil tarea de restituir á la pintura su importancia moral en la primera mitad de este siglo. Overbeck, alma de gran temple, corazón de artista, se lanzó á la empresa, y la estimación que hoy tienen sus obras son la mejor prueba del resultado de sus trabajos. La influencia de su escuela en Alemania es visible, y aunque el racionalismo trabaja por desautorizarla, el candor y pureza del arte verdaderamente cristiano se sobrepone y triunfa del escarpelo de la crítica.

Los principales discípulos de Overbeck han sido Führich, Steinle, y sobre todos Cornelius, el famoso autor de los *Nibelungen*, á quien llaman los alemanes el Miguel Ángel de la nueva escuela, mientras que al maestro le denominan el nuevo Rafael, por la suavidad y dulzura de sus pinturas.

Corren grabados muchos cuadros de Overbeck, ilustrando devocionarios, *Imitaciones de Cristo* y otros libros religiosos. Con sus obras va á pasar lo mismo que con las del Beato Angélico, su maestro, que los fieles las estiman como reliquias, y los artistas como bellezas de primer orden.

Este es el mejor elogio de un artista cristiano.

MANUEL PEREZ VILLAMIL.

SOR MARIA BERNARDA

BERNARDITA SOUBIROUS.

(Continuación.)

III

Al ver que la muerte estaba próxima, la Comunidad se hallaba inquieta y turbada, y al perderla las religiosas se referían mutuamente en los jardines y en los claustros mil encantadores detalles que de ella se les ocurrían.

—Bernardita no va al cielo, decía una de las religiosas, sino que corre, vuela á él, y sus pies no tocan ya la tierra: así es que no quisiera volverse tarás.



LA FUENTE CASTALIA

miró con gratitud, y me dijo: «Estoy mejor cuidada que una princesa.»

—Una princesa podría ser tan cuidada, le contesté, pero seguramente no la amaríamos tanto.

—¡Oh! sí,—replicó Bernardita.—¡Estoy cuidada mejor que una princesa!

Y añadió sonriéndose:

—«Es que soy la esposa del gran Rey.»

—Y á mí la semana pasada, dijo la que estaba encargada de darle el alimento, me ha dado otra contestación. Acababa de darle un caldo que la fortificó, y que me elogió diciéndome: «Es muy bueno;» pero yo sin embargo pienso en el Paraíso, al que deseo ir cuanto antes.»

—Querida hermana, le dije después de algunas palabras, deberíais pedir á Dios que me llevase

cuanto antes. Y súbitamente, me lanzó esta respuesta como una flecha:

—¡Y las otras! exclamó con el tono de un niño á quien se le quisiera quitar un juguete; y después tranquila, serena y hasta risueña en medio de sus dolores, me ha dirigido esta broma:

—«Por lo ménos, mi querida hermana, no murais antes que yo... ¡Entonces no tendría buen caldo!»

—¡Pobrecilla! decía sor A., cuánto padece y cuánto mérito alcanza, siendo tan impresionable y tan viva, conservando siempre su heroica paciencia. Estos días, su pecho, desgarrado por la tos, oprimido por el sufrimiento, parecía un horno: su cuerpo destrozado por las innumerables curas, y por haber estado tanto tiempo en cama, estaba dolorido y sangriento: la caries de los huesos producía en la rodilla espantosos estremecimientos.

El señor capellán le dijo:

—«¡Valor, hermana mía! Acuértese usted de las promesas de María: al fin se encuentra la alegría, la recompensa y la felicidad.»

—«Sí, respondió Bernardita: pero, ¡cuán lejos está el fin!...» Y retorciéndose en el tormento de la prueba, no podía ménos de lanzar de cuando en cuando algunos gritos.

Para fortificarse contra el mal y contra toda tentación de impaciencia, extendía sus brazos en cruz, uniéndose con su voluntad á los dolores del Esposo de las almas.

—«¡Oh, Dios mío, os lo ofrezco todo! ¡Oh, mi Jesús, cuánto os amo!»

Y cuando se había incomodado, se reprochaba sus involuntarios gritos, y los gemidos que la naturaleza le había arrancado, y unía sus manos pidiendo á todos nosotros perdón del escándalo, después de habernos edificado, y á Dios perdón de la falta, después de haber cumplido la virtud sublime.

—Nuestra Señora de Lourdes la asiste manifestamente en esta gran prueba, decía una tercera, y tiene de la mano á su niña privilegiada, para llevarla á las puertas del cielo. Nuestra querida hermana conserva constantemente el recuerdo de la

(1) *Vie de Fra Angelico*, pág. 400.

Aparición, y tiene como la nostalgia de la verdadera patria de que es Reina María.

—¡Oh! Sí: es cierto, respondía una de las madres de la Congregación. Las Apariciones de las rocas Massabielle, han dejado en la faz de nuestra hermana un brillo particular, que el alma descubre de un modo casi sensible, y en su corazón la insaciable sed del amor.

—Ese brillo de que habláis, madre mía, ese encanto que á todas nos arrastra hacia ella desde el día que ingresó en nuestro convento, fascina, especialmente á los niños que se dirigen á Bernardita, y Bernardita á ellos. Diríase que son almas gemelas, cuya inocencia fraternal se reconoce á la primera mirada. Y á propósito de una niña, se me ocurre una anécdota que jamás olvidaré.

La hermana de de una nuestras religiosas, llegó un día al convento, acompañada de una niña de 5 ó 6 años. No había muerto aún nuestra reverenda madre Josefina Hubert. Esta señora (llamada la señora Dorfenille), ardía en deseos de ver á Sor María Bernarda, entonces enferma y en cama: pero nuestra Superiora, que con sumo cuidado, respetaba el amor profundo que tenía por el retiro nuestra Bernardita, creyó inconveniente conceder el deseado permiso, cuya negativa le disgustó. Nuestra Superiora, conmovida, le dijo:

—«Para consolar á usted un poco, permito que vuestra niña vaya á verla un instante.»

Y la pequeña, llevada por mí de la mano, subió la escalera de la enfermería.

La puerta estaba abierta.

La niña, al ver en la cama á Bernardita, se detuvo en el dintel, y unió las manos como si se hallase ante el Santísimo Sacramento.

Sor María Bernarda la llamó inmediatamente, y aproximándose la niña, le puso la mano en la cabeza acariciándola afectuosamente.

La niña, después de abrazar á Bernardita, cruzó de nuevo las manos en actitud contemplativa.

—Hermana mía, ¿habéis visto á la Santísima Virgen?

—Sí.

—¿Y era muy hermosa?

El rayo del recuerdo pasó por el rostro de nuestra hermana.

—¡Tan hermosa, le contestó, en voz baja y conmovida, que me estremezco al recordarla, tan hermosa, que una vez vista, se ansía morir para volver á verla!...

La niña, conservando sus manos unidas con fervor, continuó después de un momento de silencio:

—Hermana mía, quisiera que le pidiérais por mí.

—Lo haré, querida! pero tú también debes rogarla por mí.

La niña no se marchaba.

—Hermana mía, mi mamá desea también que roguéis por ella.

—Bien: yo pediré á la Virgen por tu mamá, le contestó Bernardita conmovida.

Y la niña salióse de la habitación con las manos juntas y marchando para atrás á fin de ver por más tiempo á nuestra hermana.

—Desde la más tierna edad, cuando los niños no tienen conocimiento alguno, sienten un invencible atractivo hacia ella, continuó diciendo Sor B. Hace quince días, vino aquí una señora que había sido muy desgraciada. Había perdido dos niños que eran su consuelo, y no podía esperar ser otra vez madre. Su padre, piadoso cristiano, fué en peregrinación á Lourdes para pedir á la Virgen que al menos diese á su hijo un niño por los dos que la muerte le había arrebatado. Al año siguiente dió á luz un hermoso niño que nos trajo la madre cuando tenía cinco meses. Como Nuestra Señora de Lourdes nos parecía tener parte en su nacimiento, se lo presentamos á Bernardita sin darle á conocer ninguno de estos detalles.

Apénas el niño la vió, se apoderó con sus manitas, arrebatado de alegría, del dedo de Bernardita que no quiso soltar. ¡Qué radiante estaba!

En vano quisimos hacer que lo soltara; pero él se resistió y no quiso abandonar su tesoro. Todas nosotras le presentamos nuestros dedos haciéndole caricias y lo mismo su madre, pero trabajo perdido: recurrimos á un pedacito de azúcar y á un bri-

llante juguete, pero estas grandes tentaciones fueron vanas. Imposible separar al niño. Sus ojos brillaban de contento, y parecía tener agarrada la vida. Fué preciso emplear la fuerza, y cuando le separaron, no sin lágrimas, dirigía sus bracitos á Sor María.

Bajo cien diversas formas reproduciese la misma historia,—advertía Sor C.—Muchas veces heido con Bernardita á nuestra sala de asilo, donde se ignoraba que allí se encontrase la vidente de Lourdes: y del mismo modo que un montón de agujas de coser se agitan, chocan y se adhieren á un imán que se les aproxima, así sucedía en la sala de asilo al presentarse Bernardita ante los niños, que abandonaban sus juegos, y como un enjambre la rodeaban.

—Ella también ha sido siempre una niña juguetona, bromista y saltadora! ¿Os acordáis, hermanas mías, cuando tuvo que sostenerse en unas muletas, á causa de su rodilla, cómo hizo un juguete de este instrumento de su enfermedad? Servíase de él para correr con nosotras, para amenazar con gesto cómico á las victoriosas... ¡Pobrecita! ¡Nos va á abandonar! Las lágrimas acuden á los ojos al recordar su alegría inocente é infantil, su sencillez y gracia bautismal que siempre fueron compañeras de su vida!...

Sin embargo, alguna vez parecía tan grave, que daba lugar á creer que se inclinaba ante el peso de sus dolores,—añadió la hermana D.

Un día que paseábamos juntas, me pareció muy absorta y abatida.

En vano intenté distraerla.

—Témí que alguna nube de tristeza manchase la pureza de su alma.

—«¿No recordáis, le dije, las promesas de la Santísima Virgen, y lo que habéis visto con vuestros propios ojos? ¿Lo habéis ya olvidado?»

Al oír estas expresiones alzó la cabeza con admirable vivacidad.

—«¡Olvidarlo!»—contestó con indefinible acento, arrancado de las profundidades de su ser, y que á mí misma me ha removido hasta la médula de mis huesos.

—«¡Está aquí!» Y puso la mano en su frente con sublime actitud de firmeza fiel y de indecible amor. Después cerró por un instante los ojos para mirar mejor en su memoria, en tanto que yo me entregaba á la emoción de verla de tal modo recogida, de pie é inmóvil, con la mano y el dedo levantado señalando al cielo... Solemne silencio hubo entonces: después entramos en la capilla á orar.

—«¿No habéis advertido,—observaba otra religiosa—que nunca mira las estatuas? Al ver imágenes tan imperfectas para ella, experimenta una impresión penosa. Cuando se la obliga á fijarse en ellas:—«¡Oh! ¡qué feo es eso!»—exclama en seguida.

La hermana C. refirió lo siguiente:

—El año pasado me hallaba con ella en el locutorio donde está colocado el célebre cuadro de Rafael: *La Transfiguración*. Se lo enseñé, advirtiéndole, que según los inteligentes, era una obra maestra; mas me pareció que era muy poco sensible á las bellezas que le señalaba.

—«Pues qué,—la pregunté,—si usted fuese artista, le sería posible hacer el retrato de la Virgen? ¿La ve usted en su memoria con bastante claridad para conseguirlo?»

Lanzó un suspiro y me contestó:

—«¡Algunas veces; pero no siempre!»

—«¡Oh, hermana mía,—exclamé riendo,—eso sucede cuando no es usted sabia!»

—Bernardita siempre es sabia,—repuso una de las madres,—y se engañaría torpemente quien creyese que la naturaleza no ejerce en ella sus ímpetus y vivacidades que reprime la gracia. Sor María Bernarda tiene un talento natural, pronto y lógico, que le hace contestar con facilidad y soltura cuando se ve asistida de razón; y su respuesta es habitualmente pintoresca, fácil, precisa y profunda.

Esto es lo que sin embargo le produce sus amargos arrepentimientos y su gran descontento de sí misma. Tiembla de haber hecho ó de haber podido hacer molestia á alguno y no puede consolarse de estas genialidades por temor de haber herido la susceptibilidad del prójimo, á quien se apresura á pedir perdón. Entonces le acomete la melancolía,

y excesiva quizá en esto, abandónase á una especie de humor inquieto, á un vivo despecho contra sí misma que momentáneamente le quita aquella gracia y natural encanto que nadie que se le acerca puede resistir...

¿Es esta una debilidad, una imperfección? No lo sé: sólo el Señor es el juez, pero este defecto, si lo es (y algunas veces lo parece), este aspecto de su carácter es el velo tras del que la oculta Dios para impedirnos admirar demasiado y ver demasiado en ella á un ángel del Paraíso. Sólo á Él pertenece la gloria sin sombra alguna, además valse de este modo para conservar á su querida Bernardita en la profunda humildad que la hace considerarse como la última de nosotras y como la más miserable de las religiosas... Jamás el orgullo, jamás la tentación de complacerse á sí misma ha desflorado, al parecer, esta alma que Nuestra Señora de Lourdes había elegido entre todas las demás...

Cuando algún entusiasta se permitía como alguna vez sucedía, decirle palabras de veneración, cuando se le hablaba del lugar seguro que tendría en el Paraíso, inmediatamente sabía reprimir por la risa, la mofa, y la broma delicada, semejantes intenciones y trataba á sus amigos de aduladores.

—«Es muy pronto para canonizar á las personas. Por esta razón cuando han muerto no se creen obligadas á rezar por ellas y se las deja en el Purgatorio, sin cuidarse de sacarlas de él.»

Siempre le incomodaba cuando la llamaban al locutorio, aunque nuestra superiora no acostumbraba á violar el deseo que Bernardita tenía en permanecer oculta. Sufrió mucho cuando á través de una puerta entreabierta descubría que una mirada extraña intentaba con avidez contemplar sus facciones.

—«¿Por qué desean verme, decía dolorosamente, y qué tengo yo que no tengan las otras? Dios se ha servido de mí como se ha servido de los bueyes de Betharram, que se detuvieron y excavaron con su pezuña el lugar donde se hallaba sepultada la estatua milagrosa. Esto es todo: nada más...»

—«Es cierto, preguntaron un día, que se ha conservado, y ella misma ha querido permanecer absolutamente ignorante de todo lo que pasa en Lourdes, de la Basílica que se ha construido, de las peregrinaciones que á ella se dirigen, de los milagros que en ella se hacen y de los libros que se escriben?»

¿Es cierto que acabada su misión se ha hecho indiferente para continuar la obra que Dios fundó con sus manos, y que no se acuerda ni de las cosas ni de las personas que tras sí ha dejado al entrar en el convento?

—Nada de esto; antes por el contrario amaba á su familia, y en sí misma conservaba el recuerdo imperecedero de sus padres, de quienes hablaba con piadoso respeto. Quería mucho á Monseñor Peyramale, párroco de Lourdes, y sin haber jamás leído mi libro, la Providencia le había suministrado los medios de conocer los menores detalles acerca de todos los hechos que conservarían á su propia historia y á la de las Apariciones, á fin de que pudiese corroborarlos con su irrecusable testimonio. También conocía ciertas leyendas y protestaba contra semejantes ficciones. Tenía conocimiento de la gloria de Nuestra Señora de Lourdes, de la basílica construida, de las procesiones, peregrinaciones y milagros, y con interés fraternal vivo y ardiente, seguía la construcción del Hospicio de las Hermanas de Nevers, situado frente á la Gruta santa... Pero todo esto exige alguna mayor amplitud, que con algunas anécdotas y episodios que recuerdan las Hermanas de Nevers, forman el asunto de los artículos siguientes.

(Se continuará.)

LOS GRABADOS

Retrato de Federico Overbeck, pintor cristiano, pág. 337

(Véase el artículo pág. 339).

Vista exterior de la Catedral de Durham, pág. 340

En la publicación de monumentos artísticos, daremos siempre la preferencia á los españoles,

porque son páginas vivas de nuestra historia y de nuestro carácter; pero es bueno que de vez en cuando demos á conocer los más notables de otros países, á fin de vulgarizar los conocimientos artísticos, y para que se aprecien mejor los monumentos de nuestra patria.

A esta idea obedece la publicación de la famosa catedral de Durham, una de las más bellas y características que tiene Inglaterra.

Durham es la capital del condado de este nombre, y está situada á la margen del Wear, á 100 leguas próximamente de Londres. Tan importante población debe su origen á los monjes de Lindisfarne, que huyendo de los normandos se establecieron allí en 997. Algunos historiadores suponen, sin embargo, que existía ya en tiempo de los romanos; pero de todos modos, los monjes fueron los que echaron los cimientos de su prosperidad y grandeza.

La catedral comenzó á edificarse á fines del siglo XI, pero la fachada que reproducimos, como la mayor parte de su fábrica, es obra del siglo XIII. El mérito principal de este precioso edificio, consiste en ser modelo acabado del gótico inglés, el cual difiere en algunas cosas del que emplearon los arquitectos de otras naciones. Es ménos gallardo y esbelto que el alemán, no tiene la gracia del que usáran los pueblos meridionales de Europa; pero en cambio reúne maravillosamente combinados la delicadeza y el ornato con la severidad y la sencillez.

Si bien se repara, la catedral de Durham tiene algo de nuestros templos bizantinos, de la catedral de Sigüenza, por ejemplo, que ya conocen nuestros lectores. Sus dos torres cuadradas, coronadas de almenas, sus fuertes muros y sus altos y estrechos ventanales, recuerdan exactamente la estructura bizantina, de los que pudieran llamarse templos-fortalezas de la España de la Reconquista; en cambio, los trepados y cresterías de sus ventanas y rosetones, los pináculos y crucería que adornan los robustos miembros del coloso edificio, parecen modelados en los ricos y graciosos ornatos del gótico florido, usado en Colonia y en Milán, en León y en Búrgos.

Sirva, pues, la vista de la catedral de Durham, que por primera vez, que nosotros sepamos, se publica en España, de ejemplo elocuentísimo del gótico inglés, digno en todos conceptos de singular estudio por la originalidad de sus formas y por la importancia de sus monumentos.

La fuente Castalia, pág. 341

Para completar la vista que hemos dado del célebrísimo Monte Parnaso, reproducimos hoy la de la fuente Castalia, famoso manantial que brota de las rocas al pie de la morada mitológica de las Musas y de las Gracias.

Los poetas griegos suponían que Apolo había infundido al agua de esta fuente la virtud de la inspiración artística, y por eso acudían á beber en ella para encender su imaginación en el sacro fuego de las Musas. Aunque estos lugares son hoy campo de soledad y de ruinas, aún acuden los viajeros á acercarse sus labios á la fuente Castalia para pagar tributo de admiración á las bellezas de la literatura clásica. De ello ha dado ejemplo el famoso *lord Byron*, que á la margen de aquel manantial prorumpió en la siguiente exclamación, engastada luego en uno de sus poemas.

«Más feliz en este momento que tantos ilustres poetas á quienes ligó el destino á lejanas orillas, veré yo sin emoción estos sagrados sitios que otros creyeron ver en sus entusiasmados éxtasis, sin haberlos jamás visitado. Aunque Apolo no habite ya en su gruta, y que tú, en otro tiempo morada de las Musas, no seas ya más que su sepulcro, un génio risueño preside todavía á estos sitios, suspira con el céfiro, enmudece en las cavernas, y se desliza con ligera planta sobre estas ondas cristalinas!»

Sobre las ruinas del templo de Apolo, que hacía estos sitios sagrados á los gentiles, se alza hoy una iglesia dedicada á la Virgen Santísima, Madre de Dios, como para demostrar que á las sensuales muestras del paganismo ha reemplazado la pureza y la verdad de la inspiración cristiana.

V.

CRISTINA

NARRACION

POR RAMON SEGADE.

(Continuación).

El anciano, á quien llamaban D. Antonio, tenía todo el continente y apostura de haber servido en el ejército; respiraba alegría y franqueza, y lefase en su rostro que debía ser un hombre bonachón hasta dejarlo de sobra, á pesar de que sus canos bigotes y severa apariencia le hacían venerable, lo bastante para contener á cualquiera que pretendiese abusar de su bondad. Según pude saber más tarde, se había retirado de coronel, era tutor de Cristina, y no bajaba de setenta años.

Su carácter franco y expansivo, luego me lo dió á conocer, cuando le dijeron que yo era antiguo conocido de la familia.

Era uno de estos ancianos que simpatizan á las primeras con la juventud, por la indulgencia que se adivina están dispuestos á dispensar á todas las calaveradas de buena ley que suele cometer la juventud, conservando siempre un buen humor que cautiva. Yo, comprendiendo al punto el papel que representaba al lado de Cristina, procuré ponerme en buen lugar para con él, prestándole todos los oficios que en semejantes ocasiones agradecen los que por primera vez arriban á un lugar desconocido, terminando por acompañarles hasta su casa.

Pero basta por hoy, si te parece, Roberto, y dejemos para mañana la historia de Cristina. Ahora toma nuevo aspecto la narración, tiene varios episodios que se harán un tanto largos, y es preciso que tomemos más tiempo para contarlos del que podremos disponer, pues falta poco para el medio día.

Yo me conformé con la propuesta de mi amigo, y resolvimos sin otra cosa que merezca contarse, aplazar para el día siguiente la continuación de esta parte de su vida.

Como ésta se hizo larga, según él decía con fundamento, creo yo, que en utilidad del lector, será más conveniente, y con ello la acción tendrá más interés, si es que alguno tiene, mudar el tiempo pasado en presente, y que aparezca mi amigo Fernando, en vez de simple narrador, como verdadero actor que ha sido de estos verídicos sucesos, trasladándonos á la época en que acontecieron, ni más ni ménos como si estuvieran pasando.

Hecha esta corta admonición, seguiremos la historia de Cristina, de la que yo no soy más que simple cronista.

II

En que se dan á conocer los principales personajes de esta historia.

A la mañana siguiente corrió Fernando á saludar á Cristina, bajo el pretexto de saber cómo había descansado del viaje. La primera persona que encontró al entrar en la casa, fué á la joven compañera de Cristina, que tenía, como hemos dicho, poco más ó ménos su misma edad, pues no llegaba á veinte años; era una amiga que venía á pasar con ella una temporada de verano.

Aunque no tan hermosa como Cristina, distinguíase por una gracia especial, un talle y un cuerpo elegantísimos; y en sus labios se notaba una sonrisa, un tanto maliciosa, que unido á la fijeza de sus miradas prevenía algo sobre sus intenciones.

—¿Es V., Fernando,—se apresuró á decir la joven Adela, que así se llamaba,—de quien tanto me habló Cristina? ¡Cuánto celebro conocerle! Venga V., venga V.,—siguió diciendo,—Cristina está en el jardín entretenida con las flores. Los que vivimos casi siempre en las grandes poblaciones, deseamos respirar este ambiente encantador, esta belleza natural que nos ofrece el campo; tenemos materialmente necesidad de estos goces que ustedes no aprecian lo bastante, tal vez porque los están viendo todos los días.

En tanto iba diciendo esto, llegaron Adela y Fernando al lugar donde se hallaba Cristina, de modo que ni á un tiempo tuvo de contestar á las palabras de Adela.

Cristina estaba encantadora: al lado de su amiga resaltaba más el candor de sus miradas, las suaves y dulces tintas de su rostro, en el cual se representaba, como en un espejo, la bondad de su alma. Seguramente eran dos amigas que no se parecían nada la una á la otra; que tal vez se querían por lo mismo que eran diferentes sus deseos y aficiones.

—Y bien, Cristina,—le dijo Fernando,—estará usted ahora en su elemento, porque recuerdo muy bien, que en la época en que tuve la fortuna de conocerla por la primera vez, deseaba usted mucho vivir en el campo, gozar de esta dulce libertad, como usted la llamaba.

—Ciertamente sí, Fernando,—contestó Cristina,—y si entonces deseaba conocer lo que era la vida del campo, hoy, no sólo deseo conocerla, sino vivir aquí toda la vida; porque esto es hermoso, acien veces más hermoso de como me lo había figurado según la pintura que de esto me habían hecho... ¿No es verdad, Adela?—añadió, volviéndose á su amiga.

—Y tanta verdad, Cristina, que no necesitas esa forzarte mucho para convencerme de esa tu opinión,—le contestó su amiga.—Sin embargo, siguió diciendo, á mí me gusta el campo, pero mi entusiasmo por sus bellezas no llega hasta el punto que tú le exageras, deseando vivir en él por toda la vida... me aburriría luego... me moriría de tristeza... si á semejante cosa me obligáran... ¿No es usted también de mi opinión?...—le dijo á Fernando; pero con una viveza tal, con una fuerza de expresión en sus ojos, que parecía atraerle á convertir en su propio parecer; y fué tan real el influjo que aquellos ojos ejercieron en él, que mal y á su pesar, manifestó de pronto convenir en aquella opinión, cuyo acto fué celebrado por Adela con tantas demostraciones de alegría, hechas tan ligeramente, que comprendió en el momento Fernando el pesar que con esto daba á Cristina; así fué que medio embrolló como pudo algunos distingos que disminuyesen algún tanto el efecto de su opinión irreflexiva.

—¿Cómo es eso, se arrepiente usted de haber seguido mi opinión?...—

—No es precisamente arrepentirme, Adela, es sólo decir que no debe aceptarse así tan en absoluto vuestra opinión, porque puede haber, y hay de seguro, gentes á quienes gusta vivir eternamente en el campo, como las hay también que el oírlo sólo les causará horror...

—Ya veo que es V. hombre de distingos, muy cómodos para quedar bien con todos... Pero, amigo don Fernando, ese no es mi carácter, según irá usted viendo poco á poco.

Parado dejó á Fernando la franqueza y familiar manera con que le trataba Adela, y mucho más parado y sorprendido cuando sin esperar contestación, salió diciendo:

—¡Mira, Cristina, qué hermosa es aquella mariposa!

—No extrañe V. la conducta de Adela, se apresuró á decir Cristina á Fernando; es un poco viva y ligera, pero buena y amable en el fondo; tiene, es cierto, un poco de dura su franqueza, pero luego que se la conoce, aquel mismo defecto la hace más simpática y agradable.

—Sea como V. la pinte, Cristina, y puesto que es su amiga, debe conocerla bien.

—Hemos sido compañeras de colegio, y conozco su carácter.

—Pero dejemos á Adela, y hablemos, Cristina mía, aprovechando este momento en que estamos solos, de nuestro amor... si es que me permitís hacerle y me amais todavía...

—Pues qué, lo dudáis...

—¿Qué os diré, Cristina, después de vuestra marcha, así, tan de pronto, que ni siquiera me habeis anunciado... sin noticias, sin nada...

—Tiene V. razón, Fernando; pero mi presencia aquí... y mi conducta en este momento en que oigo con gusto vuestras palabras, os dirán lo bastante, sin que yo necesite daros otras explicaciones.

—¡Ah! Cristina, me volvéis á la vida... perdónadme que haya hablado de la manera que lo hice... pero he sufrido tanto, ha sido tan intenso mi dolor, que aún respira mi alma por la cruel herida que le causó vuestra ausencia...

—También yo he sufrido, Fernando... (Y al de-

cir esto, su semblante se había inmutado con claras señales de aflicción).

—Dejemos el pasado, Cristina, una vez que también os aflige; hablemos y gocemos del presente, y aquí, en este dulce retiro, en medio de las flores y del aire embalsamado que se respira por doquier, salga de nuestro corazón el fuego de un amor tanto tiempo aprisionado... y oiga yo de tu boca (permíteme te hable así, y de una vez rompa ese enojoso tratamiento que no pueden usar los que se aman); sí, oiga de una vez esas palabras dulces, como la miel encerrada en el cáliz de esas flores que nos rodean, y reanimen mi espíritu abatido por la duda: gocemos, sí, de este sueño dorado en que viven en esta hora nuestras almas...

Por algún tiempo siguieron comunicándose estos dos jóvenes sus sentimientos de amor y sus proyectos para lo porvenir, con tierna, dulce, casta intimidad.

—Al fin la he cogido, ¡qué hermosa es!... ¡qué colores tan vivos y variados!... Apareció de súbito Adela, enseñando una bonita mariposa que había caído en sus manos...

—Hermosa es, en efecto, añadió Fernando, un tanto sorprendido con aquella inesperada aparición.

—Pero no tan hermosa como mi buena amiga... ¿No es verdad, Fernando?—Y al decir esto dióse en reír, enseñando una hilera de pequeños y blancos dientes: bello adorno que se escondía bajo unos labios de rosa.

Cristina no pudo menos de dirigirla una mirada como de reprensión a sus ligeras palabras, y Fernando quedó cada vez más admirado de la libertad y franqueza usada por aquella joven a la vista de una persona que veía por primera vez. Pero

ella, sin cuidarse, mucho ni poco, de esta circunstancia, miraba á los dos con franca sonrisa y encarándose con Fernando, le dijo:

—Veo que está V. sorprendido de mis maneras, de mi lenguaje; pero, amigo mío, ese es mi genio, que no he podido nunca disimular dominándolo como debiera... Confieso que he sido educada con demasiada libertad... y añada V. á esto que aborrezco por instinto toda gazmoñería y aire sentimental: que no sé contener, ni disimular con palabras más ó menos doradas mis primeras impresiones. Mi amiga, á pesar de que no es ni de mi escuela, ni de mi carácter, me ha distinguido siempre con su cariño; ¿me negará V. á causa de estos defectos su amistad?...

—Con toda mi alma se la ofrezco á V., Adela; aun cuando con la misma franqueza diré á V. que yo no estoy reñido con lo sentimental; por el contrario, soy partidario del romanticismo, si queréis que le demos su verdadero nombre...

—Me parece V. uno de los buenos creyentes, de una fé ciega en su amoroso culto.

—Justamente en ese terreno soy como un niño, lo creo todo.

—Pues bien, Fernando, ahí en esas cosas es donde veo yo que todo es mentira y fingimiento: soy una incrédula incorregible, y me admira tanta fé como V. tiene, según dice y asegura. ¿Quién va á creer en estos tiempos en el amor?

—La admiración, si aquí hay de qué admirarse, está de mi parte, al verla á V. tan incrédula, tan reñida con el amor. Si V. no lo hubiese dicho ya, y no se adivinase que tiene V. un carácter franco é ingenioso, estaba por sospechar que habla usted sólo por hablar.

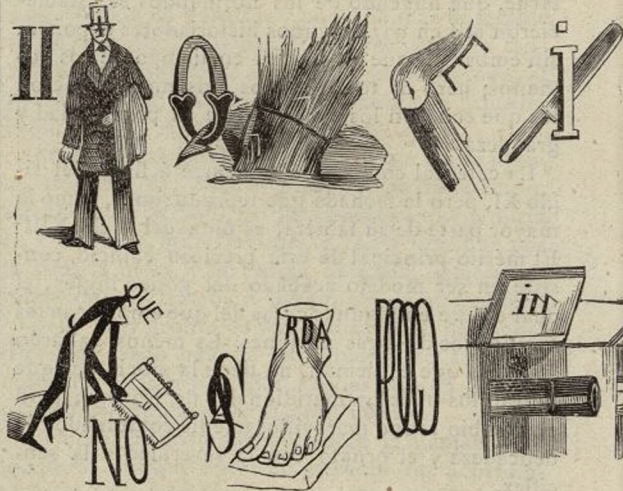
La disputa se enredó un poco entre Fernando y Adela, y tomó tanto vuelo, y se hizo tan inacabable, tan fuera de propósito, que Cristina tuvo por conveniente intervenir en ella.

(Se continuará.)

Solucion del jeroglífico del número anterior:

Cada uno en su casa, y Dios en la de todos

JEROGLIFICO



(La solución en el próximo número).

Imp. de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 10.

SECCION DE ANUNCIOS

LIBROS

El Sr. PEREZ VILLAMIL ha hecho rebaja del 25 por 100 para los suscritores de LA ILUSTRACION, en los siguientes sujos:

La Peregrinación Española en Italia, 6 sea, el espíritu cristiano en las peregrinaciones y en el arte, con un prólogo y una carta del Sr. Nocedal. Su precio, 16 reales, para los suscritores de LA ILUSTRACION 12.

Recuerdos del Monasterio de Piedra. Su precio 6 reales, para los suscritores de LA ILUSTRACION 4.

Los pedidos á esta Administración, Cava Baja, 40, 2.º

LA CANTABRIA

POR

D. AURELIANO FERNANDEZ GUERRA

Individuo de número de las Reales Academias Española y de la Historia.

Esta obra notabilísima, celebrada por todos los más doctos críticos de España y del extranjero, se vende al precio de 12 rs. con lámina, y 6 rs. sin ella, en la librería de Murillo, calle de Alcalá, núm. 7.

En la misma librería se vende á 4 reales el folleto *La Cava y Don Rodrigo*, del mismo autor.

CANTICO AL HOMBRE

POR

DON F. SANCHEZ DE CASTRO

(Leído en el Teatro Español.)

Se vende en las principales librerías, al precio de cuatro reales ejemplar en toda España. Los pedidos para provincias pueden hacerse al Administrador de LA ILUSTRACION CATOLICA, acompañando al pedido el importe.

Por cada pedido de diez ejemplares se dará uno gratis.

CROMOS

Retrato en gran tamaño de Su Santidad Leon XIII. Se vende en esta Administración, al precio de 6 reales ejemplar.

GRABADOS

En la Administración de este periódico, Cava Baja, núm. 40, piso segundo, se venden los publicados en el tomo I de LA ILUSTRACION CATOLICA.

Hay mucha variedad y se darán á precios arreglados. Horas de despacho: de diez á seis todos los días no festivos.

LA ILUSTRACION CATOLICA

DIRECTOR, D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Se publica desde el 1.º de Julio en papel superior, con tipos nuevos y elegantes, y consta de OCHO PAGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurran en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Salé á luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeración de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

A pesar de los excesivos gastos que la importancia de las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan sin sacrificios poseer esta elegante Revista, como puede observarse en los precios de suscripción que insertamos á la cabeza del periódico.

Los Sres. Suscritores á los diarios *La Fe* y *El Siglo Futuro*, seguirán disfrutando de la rebaja de dos reales en el importe de sus abonos por trimestre y semestre, y de cuatro reales por año; pero han de hacer el pago directamente en nuestra Administración.

Las suscripciones se pagarán adelantadas.

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACION CATOLICA, Cava Baja, núm. 40, 2.º en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los *Bonos del Timbre*, que para la suscripción de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Península. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel René, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION CATOLICA, Jesús del Valle, 23 y 25, principal.

FABRICA Y ALMACEN DE OBJETOS

DE

METAL BLANCO Y PLATA RUOLZ

De Ruiz Schumaque (antes Preciado é hijo), Mayor, 27 y 29

Este gran establecimiento, que cuenta muchos años de existencia, garantiza los objetos de su fabricación como superiores en su clase, teniendo en apoyo de esta seguridad la satisfacción de poder decir que, á pesar de tener esparcidos por toda España y las Antillas los productos de su fábrica, no ha recibido nunca la menor queja de ninguna de las personas que le han honrado con sus pedidos.

En dicho establecimiento se halla siempre un completo y variado surtido de objetos para Iglesia, de candeleros, cruces, custodias, sacras, cálices, (con la copa y patena de plata), copones, incensarios, lámparas, ciriales y cuanto comprende el culto divino, en todas clases y precios.

Para casas particulares hay igualmente superiores cubiertos de metal blanco, cucharillos, cucharitas, bandejas y todo lo correspondiente al servicio de mesa.

Además hay objetos de lujo, como candelabros, escribanías, relojes, etc., etc.

Todos los mismos objetos se trabajan en plata de ley.

Se fabrica á precios convencionales toda clase de encargos en pequeña y grande escala; y para mayor facilidad de las personas, que hallándose fuera no sepan cómo ponerse de acuerdo con la Casa para este objeto, bastará que se dirijan por escrito, que inmediatamente, y con la eficacia que de antiguo se tiene acreditada, serán atendidas sus peticiones, y lo mismo para obtener precios ó diseños de lo que necesiten,

OBJETOS DE ESCRITORIO

Por esta Administración se facilita toda clase de objetos de escritorio para oficinas del Estado y particulares, como igualmente para colegios y escuelas de 1.ª y 2.ª enseñanza, como son:

Escribanías de gran novedad y elegantes gustos, desde los precios más altos á los más reducidos al alcance de todas las fortunas.

Tinteros y salvaderas sueltas.

Plumas de acero y ave.

Porta-plumas y plumas de adorno de variado capricho.

Lapiceros, reglas, cuadradillos y surtido completo para dibujo.

Timbres de varios sistemas y forma de capricho, á precios reducidísimos.

Lacres de todos colores, obleas finas y ordinarias, tarros de goma, etc., etc.

Papel para cartas, canto dorado, de luto, de medio luto, timbrado en seco y en colores de todas clases y precios.

Sobres grandes, medianos, cuadrados y de tarjeta.

Papel pautado de todas clases para colegios y escuelas; para escribir música, partituras, etc.

Idem de todas clases y colores imitando maderas finas, moaré y dorado.

Tarjetas lujosas de felicitación, sencillas y con el retrato de Leon XIII, y para bordar.

Hay también un gran surtido de estampas en negro é iluminadas y preciosos cromos de todas dimensiones.

Igualmente se facilita toda clase de libros religiosos y de 1.ª y 2.ª enseñanza, de caja, rayados, de apuntes, y calendarios para despacho de distintos precios y sistemas.

Todos los artículos expresados se facilitarán por mayor y menor.

NOTA. No se admitirá pedido alguno que no esté bien expresado, tanto en su calidad como precio, acompañando su importe del mismo modo que se hace las suscripciones de esta ILUSTRACION.

MISERERE MEI DEUS

Traducción en verso de este Salmo y noticias de versiones poéticas del mismo, por

D. FERNANDO DE LA VERA É ISLA

Un tomo en 8.º francés. Se vende á 20 reales en las librerías de Olamendi, Aguado, Tejado, Guio, Lopez, Fé, Murillo y Hurtado.